

NUESTRA ESPAÑA

2ª DIVISION • 29 BRIGADA

AÑO I • JUNIO • NÚM. 6



Editorial

Es un error creer que los periódicos de Batallón, Brigada u otra unidad del Ejército han sido creados para insertar en ellos artículos de carácter divagatorio, o bien para tratar de ahondar problemas de envergadura que no atañen a cualquiera de las unidades mencionadas. Tampoco han sido creados para dedicarse a un trabajo netamente literario. Estos defectos que yo señalo son precisamente los que existen en la inmensa mayoría de nuestros periódicos de frente.

¿Qué fin debe perseguir un periódico de una unidad? Uno muy fundamental: el de plantear cuantos problemas existan en la misma y darles, a ser posible, una solución.

Tenemos infinidad de tareas en nuestras unidades que bien pudiéramos expandirlas por mediación de los periódicos. Ahora bien: cada periódico, con arreglo a la unidad que represente, tiene un cometido más o menos amplio. Por ejemplo, el periódico de Batallón es el que realmente debe presentar cuantos problemas se planteen en dicha unidad, buscando posibles soluciones para los mismos. Es también un portavoz de iniciativas de toda clase. Por ejemplo, un Batallón determinado logra por un procedimiento cualquiera acabar con el analfabetismo. Este procedimiento ha de ser necesariamente conocido por otras unidades que, una vez vistos los resultados que ha dado este método, lo emplearán para sí, consiguiendo con esto eliminar un problema en términos generales, que es lo que interesa.

El periódico de Brigada no huelga, como muchos camaradas creen, sino que, por el contrario, juega un papel muy importante, como es el de recoger cuantos problemas o iniciativas se planteen en los distintos Batallones, así como toda clase de soluciones o bien deficiencias de los mismos. De esta manera eliminaremos que, habiendo algunos problemas que afectan a varias unidades de la Brigada, unas los hayan solucionado y otras sigan con ellos.

Los periódicos murales de las pequeñas unidades, como son Compañía, Sección, etc., tienen también un fin práctico y de gran resultado. Estos han de tratar cuantas cosas ocurran en estas pequeñas unidades de manera instantánea, ya sean hechos vituperables o, por el contrario, que merezca la felicitación quien los haya realizado.

Indudablemente, los artículos que se insertan han de ser cortos y no deben salirse de las cosas propias de su unidad. Las consignas que se lan-

cen han de ser adecuadas al momento. Es indispensable que sean amenos. Para esto deben llevar fotomontajes, dibujos, y su composición y formato han de tener buen gusto estético.

En cuanto a la colaboración, sea en un periódico de Brigada, Batallón o mural, he de hacer resaltar que estos periódicos han sido creados para plantear y solucionar problemas existentes en dichas unidades. Por lo tanto, nadie más que el mismo que los vive puede plantearlos y resolverlos con resultados más prácticos.

Colaborad en los periódicos, pues, como veis, juegan un papel importante para la causa que defendemos.

Ayuntamiento de Madrid



POLITICA

Política y demagogia

Es extremo muy frecuente tropezar con personas que no saben definir el verdadero sentido de la palabra «política». No es necesario más que una ligera facilidad de comprensión para poder apreciar que los que en los momentos actuales se dicen hastiados de tanta política no saben establecer la gran diferencia que existe entre la política y la demagogia.

Nosotros, todos los que sentimos la guerra, todos los que llevamos muchos meses luchando por un ideal y poseídos de la seguridad de un triunfo rápido y rotundo, somos, indudablemente, políticos. Queremos nuestra victoria para construir una sociedad modelo de equidad y justicia. Y esto no es más que política.

Lo que pasa es que muchos, cansados ya de la política demagógica, o sea de la política profesional que hemos sufrido durante tantos cientos de años, tienen cierta aversión contra todo lo que se parezca a esto, aunque sólo sea en el nombre, y sin mirar si es lógico y justo o no.

Política no es más que el nombre que se da a toda la organización de los diversos y complicados problemas que se derivan de la administración y dirección de todos los órganos que componen la vida de un país, en sus diferentes aspectos, y por lo cual, con una política acertada, eficaz y constructiva, que no es más que lo que pudiéramos llamar una perfecta organización en toda la producción y economía, un Estado progresa, desarrollando la cultura y mejorando la sociedad en beneficio de la civilización y del bienestar de los pueblos.

Por el contrario, tenemos la demagogia, que significa y representa el profesionalismo político, fiel asalariado del capitalismo, y que en todo momento dedica su actividad a conseguir apropiarse, por todos los medios a su alcance, de la dirección, de las riendas que dirigen los destinos de una nación, para, una vez que tienen en su poder todos los complicados mecanismos del Estado, hacer de éste el aparato que proteja sus intereses y aumente su poder económico particular, en vez de dedicarlo a intensificar la cultura del pueblo y mejorar las condiciones de vida de las clases laboriosas.

Esta es la diferencia que existe entre la política y la demagogia, que es tanta como la que hay entre los intereses del obrero y los del capitalismo.

ZULU

Después del combate

El factor hombre

El hombre, en la guerra, es el principal elemento. El es quien dirige, él es quien pone en movimiento todos los elementos que son precisos en el combate. De nada serviría una magnífica ametralladora, o un buen fusil, o un potente cañón, si el hombre que está a cargo de ello es herido o muerto. Para nosotros, es el hombre el elemento al que hay que dedicar las mayores atenciones.

Entre todos los hombres que toman parte en un combate hay unos que asumen responsabilidades mayores, y éstos son los que desempeñan los mandos. Debemos procurar todos que nuestros mandos, en el combate, tengan las mayores garantías de seguridad, pues sin ellos es como el barco sin timonel, es como la ametralladora sin cabo tirador; en fin, es la Compañía o el Batallón sin mandos, y sin ellos no se puede ir a ningún sitio. Razones de esto, todos las sabéis.

¿Qué quiero decir con todo esto? Que los mandos nunca deben ir a la cabeza de sus hombres. Cuando el caso lo requiera, sí; mientras tanto, no. Porque un comandante, un capitán, un comisario, etc., no se improvisan, y, por tanto, hemos de velar por ellos.

Felipe MOLINERO
Comisario de guerra

¿Por qué lucha el soldado campesino?

Lucha por su tierra, por esa tierra que tanto han sudado y trabajado él y los suyos; por esa tierra en la cual sus padres han gastado la mitad de su vida sin sacarle



casi producto; por esa tierra que en realidad les pertenece, porque ellos han sido los que la han hecho fecundar en bien de la Humanidad; por esa tierra que si no es ya suya lo será, porque bien ganada la tiene.

Lucha para que los beneficios de su trabajo no recaigan en los mentecatos terratenientes o usureros, explotadores del obrero, y, en cambio, recaigan en ellos, que son los que la trabajan, y con cuyos beneficios puedan proporcionarse una vida más holgada que la que hasta aquí han venido disfrutando.

Estará más atendido por el Estado, el cual le ayudará siempre que sea necesario con abonos, semillas, etc., cuando la cosecha sea mala, y al mismo tiempo tendrá a su



disposición grandes escuelas donde dar la educación necesaria a sus hijos, los cuales, gracias a ella, podrán ingresar en universidades o fábricas, donde adquirirán los conocimientos necesarios para desarrollar un trabajo o carrera, con la cual él pueda llevar con mayor facilidad la lucha por la vida. Por esto y por otros conceptos lucha hoy el campesino a nuestro lado.

Rafael LLINARES

El descanso en la retaguardia

Llegamos a Madrid, y el primer encuentro con el amigo no se hace esperar. Estamos en una calle céntrica. Los edificios, de inusitado lujo, parecen vestidos sin alfiler. Las fachadas, vistosas y elegantes, están destrozadas por la metralla de sus antiguos dueños. Son las máscaras de la aristocracia en decadencia. Los obreros de la República quitan los escombros con diligencia y prontitud, y entre los escombros salen trozos de carne humana, caliente todavía. La bestia aristocrática tiene hambre; son negros antropófagos, salvajes... El amigo me dice:

—¡Chico, las estamos pasando moradas!

Asiento con la cabeza.

—¿En qué frente estás?—me pregunta.

—En el de ...—le respondo.

—Allí estáis bien, hay poco tomate.

Me río de la gracia. Los de la retaguardia tienen mucha gracia. Es muy simpático el miedo que tienen los amigos de la retaguardia.

—Y tú, ¿qué haces por aquí?

—Pues nada, chico. Voy al cine, al teatro, a los mítines y festivales que dan las organizaciones del Frente popular, a las «colas» para conseguir algo de comida, para mal comer... Y tú, ¿qué tal comes allí?

—Estupendamente. Figúrate que los jamones se los echamos a los perros para que jueguen.

—¡Qué bárbaro! ¡Eso es una burrada! ¡Con el hambre que pasamos aquí!

—Pues vente conmigo al frente, hombre, que algo te tocará de lo que dejen los perros.

Se oye cercana la detonación de un obús. El amigo echa a correr alocado. Una mujer, con un niño en brazos y un capacho, arrastra su desesperación tranquilamente, como si no hubiese pasado nada. Contraste: ¡Valor! ¡Cobardía! La guerra, camaradas, lo descubre todo.

Como este caso os contaría muchísimos. En la capital de la República el descanso es muy relativo. El combatiente consciente no puede descansar ni disfrutar con tranquilidad viendo tanta anormalidad. Los trabajadores de la retaguardia y los combatientes todos están confundidos con los saboteadores del pueblo. No los conocemos, y les hacemos el caldo gordo de una amistad cordial que no merecen. No nos conocemos los combatientes en la retaguardia. Ni un saludo militar, ni un saludo afectuoso de compañeros o camaradas, ni ese «salud» sano y lleno de rebeldía fraternal de los trabajadores; nada que nos haga saber si estamos entre antifascistas o entre enemigos nuestros.

¿Es ése el descanso a que aspira el que viene del frente? ¿Es ésa la alegría que nos espera? ¡No! Pues a luchar todos unidos, todas las organizaciones políticas y sindicales, agrupados sólidamente para forjar el mando único, y si hay alguien que lo impida, incapacitarle y reducirle a la impotencia, que la justicia del pueblo sano no perdona fácilmente al que coarta las aspiraciones de redención del pueblo español.

Unión, camaradas, mucha unión. Ahora, después de la guerra no nos engañemos. A luchar, a vencer la epidemia fascista, que luego descansaremos al regazo de las banderas de todos los países democráticos como un signo de amor y libertad.

Comparanzas

El Ejército del pueblo tiene una solidez y una fortaleza verdaderamente admirables, y yo, como parte integrante de él, me siento pleno de orgullo, como se sentirán todos los combatientes que a él pertenecen. Todos hemos sido testigos de la transformación que paulatinamente ha ido operándose en todas sus ramificaciones hasta alcanzar una organización que me atrevo a llamar perfecta. ¿Causas? Son múltiples; pero sobre todas ellas descuella una que es grande y sublime: el ideal.

El ideal, por el cual luchamos, nos ha guiado a jefes y soldados por caminos rectos y sanos, que han hecho de los defensores de la democracia y la libertad guerreros conscientes de sus deberes y obligaciones, cuyo único deseo es ganar la guerra.

Por el contrario, tenemos enfrente un ejército de opereta, compuesto de soldaditos de plomo, mezclados en farándula odiosa con extranjeros sin honor, que han invadido vandálicamente nuestra querida tierra española, llevando como estandarte el horror y la desolación, y como único dios el oro, patrón quimérico que gobierna el feble navío dictatorial e incongruente de Franco y sus secuaces.

Basta la comparación de uno y otro bando para que todos los combatientes nos demos perfecta cuenta de que el triunfo, en definitiva, será nuestro, y le aguardamos con impaciencia, con una sonrisa en los labios y confiados en nuestros mandos, conscientes de que ellos harán todo lo que puedan por dar lo antes posible en todos los ámbitos del mundo el halagador grito: ¡Victoria!

Evaristo M. BOTELLA
Soldado de la 3.ª Compañía,
115.º Batallón, 29.ª Brigada.



Enfermedades venéreas (blenorragia)

Vuelve a recordarnos hoy día esta palabra cómo en tiempos no muy lejanos era una vergüenza y falta de respeto, superando a la ofensa, si se hablaba sobre lo que concierne a este particular, aun entre hombres. Ya los grandes sexólogos fueron divulgando los conocimientos que a pasos agigantados iban adquiriendo, y consiguieron, por fin, que lo que se consideraba como brujería fuera ávidamente estudiado por todos.

Esta es una enfermedad que, igual que puede ser mortal, no es una enfermedad peligrosa, pues bastan las primeras atenciones facultativas para dejarla, sin dolor y sin peligro, curada espontáneamente; pero si se mantiene hasta el período de «estado», ya en síntomas alarmantes, nos acarrearía inevitablemente, en un 95 por 100 de casos, la muerte.

Esta enfermedad es, pues, peligrosa; pero en medio de ese peligro hallamos una solución infalible que, con las medidas necesarias y la voluntad del enfermo, consigue

su total restablecimiento y normalidad en el miembro viril. Ahora bien: es necesario no adoptar en nosotros pesimismo de nuestros antepasados; pero sí evitar en todo lo posible el contagio de estas enfermedades, que, aunque son de fácil curación, no favorecen en nada la causa que se defiende.

Por último, es de capital importancia tener una leve idea de la inicialidad en el hombre atacado de esta enfermedad, y a grandes rasgos os describiré lo más esencial, con el fin de que saquéis el mayor provecho posible de todo esto.

En el hombre los primeros signos apenas son marcados. Es únicamente una especie de cosquilleo muy soportable, una molestia en todo el canal urinario y principalmente en su extremidad, hacia el glande. Esta sensación ha sido comparada a la de una mosca que se paseara por la mucosa.

Dos días después, a más tardar, los síntomas se acentúan. Se enrojecen los bordes del meato, que se pegan uno a otro por un líquido filante, claro.

Con mucha rapidez, al pasar la orina, el cosquilleo inicial se convierte en una sensación dolorosa, de escozor; el líquido filante se hace más abundante, tomando un color blanquecino.

Hacia el cuarto o quinto día, muchas veces antes, la enfermedad entra en su período de «estado».

En muchos casos el miembro no se modifica; pero el meato da paso a un pus gris, amarillento o verde en los casos intensos. En otros casos, el glande se hincha y toma

un color rojo violáceo. Cuando la infección es muy intensa el prepucio se hincha a veces de un modo considerable, hasta el punto de ocultar el glande y el orificio de salida de la uretra.

En este periodo, sobre todo cuando se trata de un enfermo por primera vez, el examen de la camisa demuestra la blenorragia. Cuando el lienzo está cubierto de manchas amarillentas o verdes, en menor o mayor extensión, mezcladas a veces con manchas de sangre, no debe vacilarse: nos hallamos en presencia de una blenorragia.

Además, al enfermo aquejan también unos síntomas típicos. Cuando orina, el chorro sale reducido, produciendo un escozor violento, una verdadera quemazón o también, a veces, una sensación insufrible de desgarró.

La intensidad del dolor no prueba que la enfermedad sea muy pronunciada.

La orina, sobre todo las primeras veces, toma un color lechoso.

Casi siempre el individuo tiene erecciones, nocturnas principalmente. En tal caso el sufrimiento es aún más penoso, hasta el punto de que interrumpe el sueño y obliga con frecuencia a levantarse al enfermo, a buscar alivio introduciendo el miembro en agua fría o apoyándolo en un cuerpo frío, como el mármol de un lavabo, el cristal de una ventana, etc. Si por casualidad hay eyaculación, el esperma sale sin fuerza y con dolor.

Otros muchos casos más existen para conocer si es o no exacta la presencia de esta enfermedad; pero sería prolijo enumerar tal cantidad de pruebas, y no las creo tampoco apropiadas, por las malas interpretaciones, que tenderían a un confucionismo en todos aquellos desconocedores de esta materia. Con esto, pues, creo haberos dado una pequeña orientación que, junta con otras, os serán, entendiéndolas bien, de alguna necesidad.

R. RICO VALIENTE

De la Comisión de Trabajo social.



Cultura física

Cultura física individual

Para el buen funcionamiento de los órganos, para la asimilación perfecta de las sustancias nutritivas y para la desintegración y eliminación de los detritos, es indispensable un mínimo de ejercicio físico. Este mínimo está representado por los quince minutos de gimnasia matinal llevada a cabo por la mañana al levantarse, vestido ligeramente y aun desnudo, si esto es posible. ¿Qué método gimnástico hay que practicar? Acerca de tal cuestión han sido escritas numerosas obras, la mayoría de las cuales presentan muchos puntos comunes, y en casi todas ellas se encuentran en parte los mismos movimientos, con ligeras variaciones.

Yo os doy aquí diez movimientos fundamentales que pueden bastar. Tales movimientos serán llevados a cabo con la máxima perfección.

Ejercicio número 1.— Es un ejercicio puramente respiratorio. Posición inicial: de pie, con los talones juntos, con el cuerpo y la cabeza erguidos y sacando el pecho.

Ejecución: Inspirar lentamente por la nariz, dilatando el pecho y encogiendo el vientre. Marcar un ligero tiempo de espera. Espirar por la nariz, a fondo y contrayendo el pecho todo lo posible. Marcar otro tiempo de descanso y volver a empezar. Al principio hágase tres veces lo que antecede. Después váyase aumentando el número de veces hasta llegar a diez. Este ejercicio deberá ser intercalado igualmente entre los que seguirán, en caso de sofocación. Será asimismo ventajoso llevarlo a cabo diferentes veces durante el curso del día, cuando ello sea posible, y de preferencia antes de las comidas y antes de acostarse.

Ejercicio número 2.— Posición inicial: de pie, con el cuerpo erguido y los brazos tendidos hacia adelante, horizontales y paralelos.

Ejecución: Se abren los brazos en un solo tiempo, horizontal y lateralmente, todo lo más atrás que se pueda (de una a veinte veces).

Ejercicio número 3.— Posición inicial: la misma que antes; las palmas de las manos vueltas hacia el suelo.

Ejecución: Los brazos se levantan verticalmente en un solo tiempo (de una a veinte veces).

Ejercicio número 4.— Posición inicial: de pie, con el cuerpo erguido, los brazos doblados, las manos en los hombros respectivos y los codos a lo largo del cuerpo.

Ejecución: Los brazos se levantan y extienden verticalmente por encima de la cabeza en un solo tiempo (de una a veinte veces).

Ejercicio número 5.— Posición inicial: de pie, con el

cuerpo erguido, los brazos extendidos lateralmente en cruz, con las palmas de las manos hacia arriba.

Ejecución: Los antebrazos se doblan sobre los brazos, hasta que las manos lleguen a tocar los hombros, en un solo tiempo (de una a veinte veces).

Ejercicio número 6.— Posición inicial: de pie, el cuerpo erguido; los brazos laxos, pendientes a lo largo del cuerpo.

Ejecución: Se inclina el cuerpo hacia adelante, sin doblar las rodillas, hasta que las manos lleguen a tocar la punta de los pies (o aproximarse todo lo posible). Marcar un tiempo de espera. Levantarse lentamente (de una a diez veces).

Ejercicio número 7.— Posición inicial: de pie, con el cuerpo erguido y las manos en las caderas.

Ejecución: El tronco se inclina hacia la derecha, sin mover las piernas ni doblar las rodillas, todo lo que se pueda. Marcar un tiempo de espera y volver a la posición inicial. Efectuar el mismo movimiento hacia la izquierda (de una a diez veces).

Ejercicio número 8.— Posición inicial: tendido de espaldas en el suelo, sobre una alfombra o manta, y con las manos a lo largo del cuerpo.

Ejecución: Sin levantar los talones del suelo, erguir el busto y doblarlo todo lo posible hacia adelante en forma que las manos lleguen a tocar la punta de los pies. Marcar un tiempo de espera (de una a diez veces).

Ejercicio número 9.— La misma posición inicial del anterior.

Ejecución: Con el cuerpo siempre en tierra, levantar las dos piernas hasta la vertical. Después de cierta práctica puede rebasarse la vertical e incluso llegar a tocar el suelo con la punta de los pies por detrás de la cabeza. Marcar un tiempo de espera. Volver a la posición inicial (de una a diez veces).

Ejercicio número 10.— Posición inicial: de pie, cuerpo erguido y las manos en las caderas.

Ejecución: Saltar ligeramente y sin moverse del sitio, primero sobre la punta de un pie y luego sobre la del otro (de diez a cien veces).

Todos estos ejercicios deberán ser ejecutados con bastante rapidez. Apenas si exigen un cuarto de hora de tiempo y bastan para dar a los músculos un desarrollo armonioso y para asegurar la nutrición de los tejidos y las eliminaciones indispensables.

Rafael RICO V.

De la Comisión de Trabajo social de la 29.ª Brigada

VISADO POR LA CENSURA

TEMAS MILITARES

Debilidades de nuestro Ejército

Uno de los mayores obstáculos con que hemos tropezado al constituir nuestro Ejército popular ha sido, indudablemente, la cuestión de los mandos. Tuvimos que improvisar unos cuadros para dirigir nuestras fuerzas, cuyos cuadros, compuestos de hombres valientes y decididos, estaban, sin embargo, al margen de todo lo que significaba conocimiento de la técnica de guerra moderna. Surgió entonces la consigna de capacitación militar, que fué lanzada para salvar aquella situación de desconocimiento, muy explicable, dado que los combatientes éramos todos antimilitaristas, hasta que nos vimos obligados a luchar militarmente para defender nuestra libertad.

La consigna no ha sido lo bien interpretada que era de desear, o, por el contrario, si ha sido comprendida, no dió los frutos que a estas alturas eran de esperar, pues por incompreensión de la mayoría de los mandos de nuestro Ejército éstos no se dedican a estudiar profundamente la técnica de guerra, y como consecuencia de ello, nuestro Ejército se supera, sí, es indudable; pero no es menos cierto que la superación no es tan rápida como las circunstancias exigen, y esto sólo depende de que esa gran parte de los camaradas que hemos elegido para conducirnos al triunfo, y a los cuales hemos hecho jefes y oficiales, han olvidado su verdadero papel. Se olvidaron de que en nuestro Ejército popular un nuevo ascenso no es una mayor categoría, sino una mayor responsabilidad, y el que tiene en él un cargo de responsabilidad no está obligado a saber, pero sí está obligado a aprender, a aumentar sus conocimientos, estudiando en la práctica y en los libros, para poder ser digno del cargo que ocupa y para no dar lugar a que quienes le han elevado a dicho cargo se vean defraudados.

Los mandos del Ejército popular deben ser los que en todo momento den las mayores pruebas de sacrificio, y el primero que deben imponerse es el estudio, para poder llegar a guiarnos con toda seguridad y rápidamente al triunfo.

Américo TUERO

Las relaciones entre los mandos

A escribir estas líneas de orientación para los comisarios y delegados, de aclaración para algunos mandos de la Brigada, me obliga el estimarlas indispensables.

A los ocho meses de vida del cuerpo de comisarios, aún hay algunos camaradas que no se dan perfecta cuenta de su misión cerca de los mandos, como igualmente hay algunos mandos que no estiman en su justo valor la labor de unos y otros.

Es hora ya sobrada de que todos se den cuenta de que la función del comisario y la del mando militar han de ser de una perfecta ligazón y penetración.

El comisario, el delegado, es el más eficaz colaborador del mando y el que realiza su autoridad ante la fuerza, tanto en los momentos de tranquilidad y descanso como en las operaciones; es él quien impone la disciplina por medio de la persuasión ante la fuerza y quien procura llevar a ella la cultura precisa para que una mayor comprensión de todos los problemas la coloque en situación de afrontarlos y acatarlos, por considerarlo una necesidad.

Son el comisario y el delegado quienes limpian de obstáculos y hacen más realizable la relación entre el mando y la fuerza, evitando con ello el rencor y el odio que produciría contra los mandos la disciplina impuesta por los procedimientos que se aplicaban en el antiguo ejército, ya que al comprender, por medio del razonamiento, la necesidad de los sacrificios, se produce el afecto, que hoy subsiste en nuestro Ejército popular, de arriba abajo y de abajo arriba.

Y si esto se logra por medio del delegado de guerra, es

preciso que así se reconozca y se le dé toda clase de facilidades para el mejor desenvolvimiento de su labor, que sólo beneficios ha de traer para todos.

Es necesario que se escuchen sus consejos y observaciones, ya que nadie mejor que él, igual quizá, siente el deseo de llevar a buen fin y con la mayor rapidez posible el término de la guerra.

Sergio ALVAREZ
Comisario de la Brigada

Organización

(Continuación.)

La organización y formación de las tropas no son cosas arbitrarias. Ambas tienen por objeto hacer compacta una subsección de hombres, y hacer un todo y una unidad que sea movable. Las reglas que hay que establecer tienen su asiento sobre condiciones determinadas por las facultades del hombre y por la naturaleza de las armas que se emplean.

Para formar buenas tropas es necesario antes establecer el orden y asegurar la obediencia. Con este objeto es con el que se ha imaginado una clasificación y una progresión de lazos que, combinados con habilidad, obligan a una gran masa de individuos a sufrir la acción de la autoridad.

LA INFANTERIA

Se ha empezado por formar una corta agregación de hombres, fácil de dominar; se han reunido muchas de estas agregaciones, y sometidos los mandos a un jefe superior, en este caso la unidad ya no es el hombre, sino una reunión de hombres.

Así, una escuadra está compuesta de cuatro soldados, y éstos mandados por un cabo; y un pelotón, de doce individuos y tres cabos, mandados por un sargento. Esto, según mi criterio, no lo veo práctico, puesto que cuando esta unidad salga de maniobras o de operaciones irá casi en cuadro, porque algunos individuos estén de servicio o enfermos, y si las escuadras, en lugar de cuatro hombres, fuesen de diez y el cabo once, siempre que esta unidad saliese a lo dicho anteriormente, por mucho que fuese el servicio y por muchos enfermos que quedasen en la Compañía o en el hospital, siempre quedarían por lo menos cinco o seis números, suficientes para que el servicio o destacamento quedase bien atendido, y de esta forma la sección se compondría de sesenta hombres, éstos mandados por un oficial, como en la actualidad, y auxiliado por dos sargentos y seis cabos; la Compañía, de dos secciones con ciento veinte hombres, mandada como hoy por su capitán y auxiliado por dos tenientes, cuatro sargentos y doce cabos, y además el correspondiente personal para el servicio de enlace, ordenanzas y cocineros, como está actualmente. Así es que la Compañía es el elemento de la organización, de la disciplina y de la administración.

El Batallón es el verdadero elemento militar en la Infantería, la unidad para la batalla: por Batallones se marcha y se maniobra, y por Batallones se combate.

Pongamos como límite mil hombres por Batallón. Este número no se conserva entero cuando se pasa del estado de paz al de guerra, cuando se deja la guarnición para entrar en campaña. Según constantes observaciones, el cuerpo mejor administrado y más brillante sufre entonces una baja de un quinto de su fuerza, por los hombres que deja enfermos en los hospitales, y otros al cuidado de los depósitos y equipajes. Así es que en el Batallón ocurrirá lo mismo que en la escuadra, pelotón, sección y Compañía. Este Batallón de mil plazas no tendría arriba de las ochocientas sobre las armas, y después de unos meses de lucha aún se reduciría a quinientas, fuerza desde luego muy suficiente en presencia del enemigo.

(Continuará.)

A. CASTILLO
Teniente del 116.º Batallón



Cultura

Diálogo de dos libros

Libro viejo.—Buenos días, querido hermano. ¡Te veo un poco triste desde que llegaste a esta biblioteca! ¿Es que estás enfermo?

Libro nuevo.—¡Buenos días, hermano! No estoy enfermo, no; pero tengo una congoja grande, una tristeza que atormenta mi alma de tal forma, que creo que si no le ponen mis dueños remedio voy a perecer. Siento cómo la enfermedad de la polillitis empieza a cercarme, y hasta me parece que algunos microbios de esta enfermedad han empezado a darme el asalto a algunas de mis bellas páginas.

Todos me veis, y me parece a mí que me miráis con cierta envidia al verme tan flamante, tan nuevo; algunos, por el trato que llevan, quisieran estar como yo (sin deshojar), y no saben los muy tontos lo triste, lo vergonzoso que resulta esto. ¿Qué me importa a mí estar tan limpio, tan brillante, tan descansado, si no me quiere nadie? Si



estoy abandonado por mis dueños, los cuales, en vez de cogerme, hojearme, leerme y aun mancharme de tanto llevarme de un lado para otro, me miran con cierta satisfacción, me miran con cierta benevolencia, como diciéndome: ¡Agradecido me estarás, que no te estropeo nada y te tengo tan bien cuidado!

Esto es lo que me pasa, querido hermano, y tú me dirás si no es éste motivo suficiente para que yo esté triste.

Libro viejo.—¡Cuánta razón tienes, hermano! Yo creo que si estuviese tan flamante como tú también enfermaría. Pues ¿no nos han hecho para que seamos usados y perezamos en las manos de los lectores? ¿No nos han hecho para que con nuestra vida saquemos de la ignorancia a los hombres? ¿Para que con nuestras letras y nuestros consejos puedan ellos ganarse la vida con más facilidad, con menos esfuerzo?

Entonces, si nos han hecho para morir ilustrando, ¿por qué ese afán de acapararnos para luego dejarnos enfermar en una biblioteca más o menos lujosa?

¡Oh, qué engañados viven los hombres que tal hacen! No saben ellos que otros que hacen lo contrario con nosotros se rien de ellos y hasta se atreven a llamarles fatuos, pues quieren demostrar una cultura, una sabiduría que no tienen (ya se les ve al hablar) al mostrarnos con ese orgullo que hacen aparecer a sus ojos.

COMENTARIO

¿De qué nos sirve tener una biblioteca con muchos volúmenes, si luego no los leemos? ¿De qué nos sirve tener muchos libros buenos y sanos en nuestras bibliotecas, si luego, una vez colocados en sus estantes, se ve que ni siquiera les hemos abierto las hojas?

Aprovechemos este diálogo y procuremos que los libros que nuestras bibliotecas tienen no tengan nunca que ha-



blarse como estos dos hacían en una biblioteca de cierto burgués en tiempos pasados.

Que nuestros ratos libres del trabajo de las armas sean aprovechados para leer e instruirnos.

VILLAR

De la Comisión de Trabajo social.

AYUDA

Con los nuevos reclutas tenemos que desplegar una nueva actividad para eliminar los analfabetos y semianalfabetos que existan. Los resultados obtenidos entre los antiguos combatientes, con ser halagadores, no bastan para que estemos satisfechos, ni mucho menos.

Todos los compañeros que estén capacitados para enseñar algo que sea elemental y provechoso para combatir el analfabetismo deben ayudar con sus conocimientos a los maestros y delegados de cultura en su labor altruista de enseñar al que no sabe.

Todos los combatientes, tanto la oficialidad como los sargentos, cabos y soldados, tienen que ser los mejores colaboradores de la Comisión de Trabajo social. Los que tenemos la satisfacción de tratarlos con frecuencia sabemos la formidable y agotadora actividad que sin desmayo practican en constantes e incalculables trabajos contra los analfabetos sociales, y aquí está el *quid*, camaradas; aquí está el tallo que amarga al analfabetismo social. Los dos nos tenían cegados, y para recobrar la claridad que despeje la niebla de los dos analfabetismos tenemos que ayudar a esos abnegados camaradas de la Comisión de Trabajo social, convirtiendo las letras que nos enseñan en munición de ideas que lanzaremos contra los enemigos de la democracia, y les convenceremos de que si existe entre la Humanidad algo que sea noble, sencillo y generoso está entre los combatientes antifascistas, que luchan con materiales tan sinceros y convincentes como es la metralla pedagógica, que se clavarán entre las inhumanas huestes fascistas hasta conseguir que las armas mortíferas de guerra no sean capaces de doblegar a ningún combatiente, como no sea con libros de táctica constitucional, aprendida y refrendada en términos legales por la voluntad del pueblo.

Enrique M. BOTELLA

Delegado político, 3.ª Compañía,
115.º Batallón, 29.ª Brigada.

Cómo desarrollar nuestra cultura

Todos sabemos la importancia y el contenido de esta bella palabra, y todos sabemos que es un factor tan esencial como indispensable. Ahora bien, yo me pregunto: ¿Por qué no dedicamos un espacio de tiempo para poder lograr todo lo que podamos y esté a nuestro alcance referente a este cometido? Y si sabemos lo necesario que es, ¿por qué esta dejadez y este mutismo? ¿Es que no comprendemos los perjuicios que nos puede acarrear este abandono cultural?

Yo os digo, camaradas, que es necesario que nos dominemos nosotros mismos, que pongamos un poco de interés y amor propio, ya que se trata de un tema de tan suma importancia. ¿Cómo lograr esto? Como ya os dije anteriormente: dominándose uno por sí mismo, ya que esto es regirse, desde todos los puntos de vista, de conformidad con un conjunto de decisiones juiciosamente elaboradas.

Todos sabemos que en las respectivas unidades a las cuales pertenecemos suele haber periódicos murales y boletines, como igualmente en la Brigada. Por tanto, esto es un medio muy eficaz para poder desarrollar los pocos

conocimientos que poseemos y adquirir otros nuevos, por mediación de artículos, más o menos aceptables, en los cuales expondréis vuestro pensamiento acerca de todo cuanto esté relacionado con un nuevo progreso. Para ello es preciso lo que ya expongo anteriormente: un poco de voluntad.

Todos hemos observado en el círculo de nuestras relaciones algunos casos de modificación individual voluntaria. Hemos visto, por ejemplo, hombres pusilánimes convertidos de la noche a la mañana en seres atrevidos; hemos visto intemperantes que súbitamente han roto con sus anteriores hábitos, instaurando en sí mismos una sobriedad ejemplar; hemos visto seres que sentían un verdadero horror al trabajo, y, sin embargo, de improviso se han puesto a trabajar activamente sobre una materia. Por tanto, quiero decir que se puede lograr y modificar el modo de ser de cada uno, desechar toda clase de pereza que pudiera traer graves consecuencias.

Y para terminar os digo, compañeros: A poner todo el entusiasmo que podamos para alcanzar una cultura libre de toda clase de prejuicios, ya que es para bien nuestro y de la causa que defendemos.

V. VAQUERO LOBO

De la Comisión de Trabajo social de la 29.ª Brigada.

COLABORACION



Impresiones del frente

Ignoro la estrategia militar. Sólo soy un soldado que sabe obedecer, y en estos renglones no aspiro más que a exponer mis impresiones. Tal vez no acierte a ello, y es seguro que saldrán deshilvanados. Esto no es obstáculo. Soy soldado del pueblo, y lo haré con la espontaneidad y franqueza del pueblo.

En un frente tenemos dos bandos: uno, nuestro; otro, enemigo. La lucha es por un motivo, por una razón. Y como la verdad no puede ser más que una, y la razón no puede estar más que de una parte, alguno de los combatientes lucha sin razón y sin verdad.

Analizando las causas de nuestra guerra, veremos que nuestro enemigo se alzó en armas por egoísmo, por ambición, por una fobia concentrada a la libertad. Motivos nada dignos y reprobables en extremo. Nosotros nos hemos limitado a defender lo que es nuestro: la libertad y la justicia.

Nuestro enemigo nos tuvo humillados, explotados y asesinados durante mucho tiempo. A pesar de todo ello, fuimos tan cándidos que aún le concedíamos prerrogativas y altos cargos. Su egoísmo era mayor. Querían continuar pisoteando al pueblo con sus asquerosas pezuñas, y, no pudiendo hacerlo, quisieron ametrallarle, hundirle y embriagarse con su sangre, con nuestra sangre, que es roja como el amor y la bandera de la libertad, y no azul o verde como las aguas sucias o el cieno de la «nobleza» cobarde.

¿Qué razón ni verdad tiene el enemigo en esta guerra? ¡Ninguna! Toda la razón está con nosotros. Somos los ofendidos. Tenemos un Gobierno legítimo y elegido legalmente en sufragio universal. Defendemos nuestro suelo de tiranos extranjeros; defendemos un Gobierno legítimo, una patria, la libertad y la justicia.

En consecuencia con estos nobles ideales se encuentra todo nuestro Ejército. Tenemos disciplina, moral y entusiasmo por nuestra causa.

Tenemos disciplina; pero no una disciplina a modo de la antigua disciplina cuartelera, todo miedo, todo humillación y despotismo. Nuestra disciplina es muy distinta. Es la disciplina de un Ejército donde todos obedecen con libertad y contentos, porque todos quieren lo mismo, todos anhelan un mismo fin y sienten un mismo ideal. Es la disciplina de una madre que se hace obedecer de sus hijos sin despotismo y sin humillación.

Esta disciplina es la nuestra, y lo mismo que la disciplina del hogar, la sentimos y la queremos.

Da alegría y entusiasmo ver el trato que hay en nuestro Ejército entre todas las clases. El compañerismo sano que entre todos reina, la amistad y armonía que se advierte en sus relaciones. Esto solamente se encuentra en un Ejército como el nuestro, en un Ejército del pueblo.

Tenemos una moral; pero una moral elevadísima, sin decaer nunca. Una moral que, como decían de nuestras antiguas legiones, hace de cada soldado un general.

La moral en el Ejército sabemos que consiste en el sentimiento arraigado de la justicia de nuestra causa y de nuestro triunfo. Y este sentimiento se halla tan firme en nuestros soldados, que jamás han sentido ni sentirán desfallecimiento, y antes que arrancarles este sentimiento les arrancarán la vida.

Y tenemos entusiasmo. He podido notar el grandísimo entusiasmo que, permitaseme la frase, perfuma nuestro frente. Todos los soldados desean combatir, emulándose entre sí en valentía. Aquí una orden de ataque no es, ni con mucho, motivo de desanimación. Al contrario: es motivo de algarazas y contento. Los soldados no quieren estar inactivos. Quieren avanzar, avanzar siempre y, sin exageraciones de ninguna especie, con su indumentaria de guerra, y sobre ella la guitarra, ir saltando y luchando hasta conseguir la victoria.

Y con este Ejército de virtudes cívicas tan elevadas, de moral tan arraigada y tan digno de la raza que deshizo todas las dominaciones, inclusive la potentísima dominación romana, es con el que luchamos y con el que conseguiremos el triunfo de nuestra causa.

Tenemos la razón y la fuerza. ¿De quién será la victoria? Nuestra y muy nuestra, y al fin seremos lo que nos proponemos: un pueblo libre y organizado sobre los tres pilares de nuestra revolución: libertad, igualdad y fraternidad.

UN RECLUTA

Labor de comisarios

Los comisarios y delegados de guerra tienen a su cargo aquellas actividades que tienden no solamente a crear un ejército fuerte y disciplinado que acelere el término de la guerra, sino que también tienen la misión de crear dentro y fuera del Ejército aquella cultura indispensable a un pueblo llamado a administrar sus propios destinos, y



administrarlos en condiciones tales de dificultad, que solamente con una firme consciencia ha de superarlas.

Por esto, tanto el comisario como el delegado han de tener una conciencia clara de la responsabilidad que contraen en el cometido de su función, ya que si así no fuera no podría considerárseles como los verdaderos idealistas dispuestos a hacer de su actividad un sacerdocio.

En la situación que estamos viviendo no puede a nadie disculparse una inactividad indiferente; pero muchísimo menos a los comisarios y delegados políticos, a quienes jamás debe parecerles suficiente la faena realizada.

El comisario o delegado debe ser constantemente dinámico y de una iniciativa ininterrumpida. Debe ser el hombre insaciable de conocimientos, estudiando continuamente, para su mayor capacitación, a fin de poder resolver con rapidez cuantos problemas puedan presentársele.

Si no lo hiciera así, tendríamos que pensar que, lejos de ser el primer antifascista entre los antifascistas, el comisario o delegado político sólo era el nuevo enchufista en un nuevo organismo creado para grandes fines, y que con su fracaso atraería hacia sí el odio y el desprecio de aquellos que se sacrifican para sostenerlo.

Esta responsabilidad es la que contraemos, y por ello, con nuestra actividad e iniciativa incansables, debemos forjar ese Ejército fuerte y poderoso que precisamos y ese pueblo grande que, consciente de sus destinos, sepa hacer de las ruinas de un pueblo la construcción que admire al mundo.

Por nuestra propia dignidad y por la dignificación del organismo del Comisariado de Guerra, creado para tales fines, debemos ser animosos, trabajadores incansables, orientadores permanentes.

Presagio

Jinete que cabalga vacilante por campos de muerte, sembrados por millares de vidas inmoladas en pro de un ideal de humanidad y justicia, así aparece ante nosotros el espectro fascista: como el azote de pueblos indefensos, la amenaza constante de la cultura, de la ciencia y de cuanto signifique ansia de civilización.

En todas sus manifestaciones, el espectro va acompañado de la «svástica», y lo que un día fué signo de buen agüero para el pueblo ario, es hoy presagio fatídico y motivo de dolor para los pueblos que, bajo el yugo de la opresión, quieren romper sus cadenas para construir un régimen de libertad.

Y aunque pretenda disimular con su ropaje sus huesos descarnados, aunque enmascare sus actividades bajo distintos aspectos, sabemos quién es, adónde va y lo que pretende: sojuzgar los anhelos de redención de los pueblos oprimidos por el capitalismo. Y sabemos aún más: sabemos — ya el rostro descubierto lo denuncia — que su hora final está próxima, que lleva marcado en el semblante odioso el estigma que demuestra haber sido presa de las garras de la muerte, y aunque la espuela hiera desesperada su corcel — vehículo de ambiciones y desgracias —, éste no llegará muy lejos, porque tanto cadáver forma ya una barrera infranqueable a su destreza.

Prepárate, pues, a acabar con tu dominio. Tu fracaso en España marca el declinar de tu poder, la pérdida definitiva de tu falso prestigio. Nuestra victoria final acarrea tu derrumbamiento, y con el despertar de los pueblos que esclavizas se inaugura la nueva era de felicidad para la Humanidad avanzada y progresiva.

S. A.

Jacinto BARRIO
29.ª Brigada, 2.ª División